

2
3661 2745-7
AÑO CUARTO

4. RS.
ALMANAQUE
DE

CIL

BLAS



ADMINISTRACION:

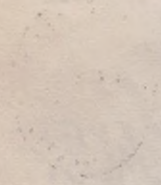
CALLE DE LAS HUERTAS, 82, PRINCIPAL IZQUIERDA.

1-2-10

1-2-10

1-2-10

1-2-10



ALMANAQUE
DE
GIL BLAS

PARA

1869

PUBLICADO BAJO LA DIRECCION DE LUIS RIVERA.

AÑO CUARTO.



MADRID.

—
IMPRENTA DE R. LABAJOS, CABEZA, NÚM. 27.

En el día 2 de Octubre de 1882

ÉPOCAS CÉLEBRES.

Del nacimiento de Jesucristo.	1869	De la fundacion de Roma, segun	
De la creacion del mundo, segun		Varron.	2624
el P. Petavio.	5832	Del pontificado de Pio IX.	24
Del diluvio universal, segun el		De la instalacion de las Cortes	
mismo.	4197	extraordinarias de Cádiz.	60

FIESTAS MOVIBLES.

Domingo de Septuagésima. 24 Enero.	Ascension.	6 Mayo.
Miércoles de Ceniza. . . . 40 Febrero.	Pascua de Pentecostés. . . .	16 Mayo.
Pascua de Resurreccion. . . 28 Marzo.	Corpus Christi.	27 Mayo.



Entregando el programa del año.

ECLIPSES.

Eclipse anular de sol, invisible.	10 y 11 Febrero.	Eclipse total de sol, invisible.	7 Agosto
--	------------------	---	----------

ESTACIONES.

Entra la Primavera el. . . .	20 Marzo.	El Otoño.	22 Setiembre.
El Estío.	24 Junio.	El Invierno.	24 Diciembre.



¡Desgraciadas! ¡Sin abono en la Opera!



Como Vénus preside, empieza la sesion de las madres de la patria.

ENERO (ACUARIO).		FEBRERO (PISCIS).		MARZO (ARIES).	
1 Viérnes.	La Circuncision.	1 Lúnes.	San Ignacio.	1 Lúnes.	Sto. Angel de la G.
2 Sábado.	San Isidoro.	2 Mártes.	La Purificacion.	2 Mártes.	San Lucio.
3 Domingo.	San Antero.	3 Miércoles.	San Blas.	3 Miércoles.	San Emeterio.
4 Lúnes.	San Aquilino.	4 Juéves.	San Andrés Corsino.	4 Juéves.	San Cosimiro.
5 Mártes.	San Telesforo.	5 Viérnes.	Santa Agueda.	5 Viérnes.	San Eusebio.
6 Miércoles.	Los Santos Reyes.	6 Sábado.	Santa Dorotea.	6 Sábado.	San Olegario.
7 Juéves.	San Teodoro.	7 Domingo.	San Ricardo.	7 Domingo.	Santo Tomas de A.
8 Viérnes.	San Luciano.	8 Lúnes.	San Juan de Mata.	8 Lúnes.	San Juan de Dios.
9 Sábado.	San Julian.	9 Mártes.	Santa Polonia.	9 Mártes.	Santa Francisca. v.
10 Domingo.	San Guillermo.	10 Miércoles.	Santa Escolástica.	10 Miércoles.	San Meliton.
11 Lúnes.	San Higinio.	11 Juéves.	San Saturnino.	11 Juéves.	San Eulogio.
12 Mártes.	San Benito.	12 Viérnes.	Santa Eulalia.	12 Viérnes.	San Gregorio.
13 Miércoles.	San Gumersindo.	13 Sábado.	San Benigno.	13 Sábado.	San Leandro.
14 Juéves.	San Hilario.	14 Domingo.	San Valentin.	14 Domingo.	Santa Florentina.
15 Viérnes.	San Pablo ermitaño.	15 Lúnes.	San Faustino.	15 Lúnes.	San Raimundo.
16 Sábado.	San Fulgencio.	16 Mártes.	San Julian.	16 Mártes.	San Longinos.
17 Domingo.	San Antonio Abad.	17 Miércoles.	San Julian.	17 Miércoles.	San Patricio.
18 Lúnes.	Santa Prisca.	18 Juéves.	San Simeon.	18 Juéves.	San Gabriel Arcáng.
19 Mártes.	San Canuto.	19 Viérnes.	San Conrado.	19 Viérnes.	San José.
20 Miércoles.	San Sebastian.	20 Sábado.	San Leon.	20 Sábado.	Santa Eufrasia.
21 Juéves.	San Fructuoso.	21 Domingo.	San Félix.	21 Domingo.	San Benito.
22 Viérnes.	San Vicente, mr.	22 Lúnes.	San Pascasio.	22 Lúnes.	San Degracias.
23 Sábado.	San Ildefonso.	23 Mártes.	Santa Marta.	23 Mártes.	San Victoriano.
24 Domingo.	Nra. Sra. de la Paz.	24 Miércoles.	San Modesto.	24 Miércoles.	San Simeon.
25 Lúnes.	La Conv. S. Pablo.	25 Juéves.	San Matias.	25 Juéves.	La Anunciacion.
26 Mártes.	San Policarpo.	26 Viérnes.	San Alejandro.	26 Viérnes.	San Braulio.
27 Miércoles.	San Juan Crisóst.	27 Sábado.	San Baldomero.	27 Sábado.	San Ruperto.
28 Juéves.	San Julian.	28 Domingo.	San Roman.	28 Domingo.	San Sixto III. p.
29 Viérnes.	San Franc. de Sales.			29 Lúnes.	San Bertoldo.
30 Sábado.	San Lesmes.			30 Mártes.	San Juan Climaco.
31 Domingo.	San Pedro Nolasco.			31 Miércoles.	Santa Balbina. *



Se acalora la sesion.

ABRIL (TAURO).		MAYO (GÉMINIS).		JUNIO (CÁNCER).	
1 Jueves.	San Venancio.	1 Sabado.	San Felipe y Santo	4 Mártes.	San Segundo.
2 Viérnes.	San Francisco de P.	2 Domingo.	San Atanasio.	2 Miércoles.	San Marcelino.
3 Sabado.	Los Dol. de N. Sra.	3 Lunes.	La Inv. de la Sta. C.	5 Jueves.	San Isaac.
4 Domingo.	San Isidoro.	4 Mártes.	Santa Mónica.	4 Viérnes.	San Francisco Car. ^o
5 Lunes.	San Vicente Ferrer.	5 Miércoles.	La C. de S. Agustín.	5 Sabado.	San Bonifacio.
6 Mártes.	San Celestino.	6 Jueves.	La As. en. del Señor	6 Domingo.	San Norberto.
7 Miércoles.	San Epifanio.	7 Viérnes.	San Estanislao.	7 Lunes.	La Sma. Trinidad.
8 Jueves.	San Alberto.	8 Sabado.	La Ap. S. Mig. Arc.	8 Mártes.	San Salustiano.
9 Viérnes.	Santa Maria Cleofé.	9 Domingo.	San Gregorio Nac.	9 Miércoles.	San Ricardo.
10 Sabado.	San Ezequiel.	10 Lunes.	San Antonino.	10 Jueves.	San Crispulo.
11 Domingo.	San Leon I.	11 Mártes.	San Mamerto.	11 Viérnes.	San Bernabé.
12 Lunes.	San Constantino.	12 Miércoles.	Santo Domingo.	12 Sabado.	San Juan de Sahag.
13 Mártes.	San Hermenegildo.	13 Jueves.	San Pedro Regalado	15 Domingo.	San Antonio de P.
14 Miércoles.	San Pedro Gonzalez.	14 Viérnes.	San Bonifacio.	14 Lunes.	San Basilio.
15 Jueves.	Santa Basilsa.	15 Sabado.	San Isidro Labrador	15 Mártes.	San Vito.
16 Viérnes.	Santo Toribio.	16 Domingo.	San Juan Nepomuc.	16 Miércoles.	San Marcelino.
17 Sabado.	San Aniceto, papa.	17 Lunes.	San Pascual Bailon.	17 Jueves.	San Manuel.
18 Domingo.	San Eleuterio.	18 Mártes.	San Félix de Cant. ^o	18 Viérnes.	San Ciriaco.
19 Lunes.	San Hermógenes.	19 Miércoles.	San Pedro Celestino	19 Sabado.	Sag. Cor. de Jesus.
20 Mártes.	San Cesáreo.	20 Jueves.	San Bernardino.	20 Domingo.	Santa Florentina.
21 Miércoles.	San Apolinés.	21 Viérnes.	Sta. Maria del Soc.	21 Lunes.	San Luis Gonzaga.
22 Jueves.	El Patr. de S. José.	22 Sabado.	Santa Rita de Casia.	22 Mártes.	San Paulino.
23 Viérnes.	San Jorge, mártir.	25 Domingo.	La Apar. de Sant. ^o	25 Miércoles.	San Juan, prh.
24 Sabado.	San Gregorio.	24 Lunes.	San Robustiano.	24 Jueves.	San Juan Bautista.
25 Domingo.	San Márcos, Evang.	25 Mártes.	San Gregorio VII.	25 Viérnes.	San Eloy.
26 Lunes.	San Cleto.	26 Miércoles.	San Felipe Neri.	26 Sabado.	Stos. Juan y Pablo.
27 Mártes.	San Pedro Armeng.	27 Jueves.	Corpus Christi.	27 Domingo.	San Zoilo.
28 Miércoles.	San Prudencio.	28 Viérnes.	San Justo, ob.	28 Lunes.	San Leon II, papa.
29 Jueves.	San Pedro.	29 Sabado.	San Maximiano.	29 Mártes.	Stos. Pedro y Pablo.
30 Viérnes.	Santa Catalina de S	30 Domingo.	San Fernando III.	30 Miércoles.	La Com. S. Pablo.
		31 Lunes.	Santa Petronila.		



El dueño de la casa se ve obligado á barrer los restos de la lucha.

OCTUBRE (ESCORPION).

1	Viernes.	San Ramigio.
2	Sábado.	San Saturio.
3	Domingo.	San Cándido.
4	Lunes.	S. Franc. de Asís.
5	Martes.	San Froilan.
6	Miércoles.	San Bruno.
7	Jués.	San Marcos.
8	Viernes.	Santa Brigida.
9	Sábado.	San Dionisio.
10	Domingo.	S. Francisco de B.
11	Lunes.	San Fermín.
12	Martes.	N. Sra. del Pilar.
13	Miércoles.	San Eduardo.
14	Jués.	San Calixto.
15	Viernes.	Sra. Teresa de Jesus
16	Sábado.	San Florentino.
17	Domingo.	Santa Eudvigis.
18	Lunes.	San Lucas Evangel.
19	Martes.	San Pedro Alcántar.
20	Miércoles.	San Feliciano.
21	Jués.	Santa Ursula.
22	Viernes.	Sra. María Salomé.
23	Sábado.	San German.
24	Domingo.	San Rafael Arcáng.
25	Lunes.	San Crispín.
26	Martes.	San Evaristo.
27	Miércoles.	San Vicente.
28	Jués.	San Simón.
29	Viernes.	San Narciso, obispo.
30	Sábado.	San Claudio.
31	Domingo.	San Quintín.

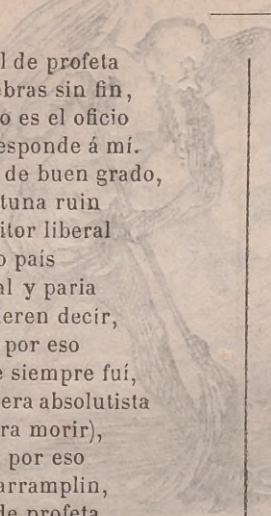
NOVIEMBRE (SAGITARIO).

1	Lunes.	Todos los Santos.
2	Martes.	Conn. de los Difunt.
3	Miércoles.	San Valentín.
4	Jués.	San Carlos Borrom.
5	Viernes.	San Zacarías.
6	Sábado.	San Severo.
7	Domingo.	San Antonio y c. m.
8	Lunes.	Patroc. de N. Sra.
9	Martes.	San Teodoro.
10	Miércoles.	San Andrés Avelino
11	Jués.	San Martín.
12	Viernes.	San Millán.
13	Sábado.	San Eugenio III.
14	Domingo.	San Serapio.
15	Lunes.	San Eugenio, I.
16	Martes.	San Rufino.
17	Miércoles.	Santa Gertrudis.
18	Jués.	San Máximo.
19	Viernes.	Santa Isabel.
20	Sábado.	San Félix de Valois.
21	Domingo.	La Presentacion.
22	Lunes.	Santa Cecilia.
23	Martes.	San Clemente.
24	Miércoles.	San Juan de la Cruz.
25	Jués.	Santa Catalina.
26	Viernes.	Los Desposorios.
27	Sábado.	San Facundo.
28	Domingo.	San Gregorio III.
29	Lunes.	San Saturnino.
30	Martes.	San Andrés.

DICIEMBRE (CAPRICORNIO).

1	Miércoles.	Santa Natalia.
2	Jués.	Santa Felisa.
3	Viernes.	San Francisco Jav.
4	Sábado.	Santa Bárbara.
5	Domingo.	San Sabas.
6	Lunes.	San Nicolás.
7	Martes.	San Ambrosio.
8	Miércoles.	Purísima Concep.
9	Jués.	Santa Leocadia.
10	Viernes.	N. Sra. de Loreto.
11	Sábado.	San Dámaso.
12	Domingo.	N. Sra. de Guadalupe
13	Lunes.	Santa Lucía.
14	Martes.	San Nicasio.
15	Miércoles.	San Eusebio.
16	Jués.	San Valentín.
17	Viernes.	San Lázaro.
18	Sábado.	Ntra. Sra. de la O.
19	Domingo.	San Nemesio.
20	Lunes.	Sdo. Domingo de S.
21	Martes.	Santo Tomás.
22	Miércoles.	San Demetrio.
23	Jués.	Santa Victoria.
24	Viernes.	San Gregorio.
25	Sábado.	La Natividad.
26	Domingo.	San Esteban.
27	Lunes.	San Juan Apóstol.
28	Martes.	Los Stos. Inocentes.
29	Miércoles.	Santo Tomás Caut.
30	Jués.	San Sabino.
31	Viernes.	San Silvestre.

JUICIO DEL AÑO.



Oficio es el de profeta
 sujeto á quiebras sin fin,
 y aun por eso es el oficio
 que me corresponde á mí.
 Yo lo acepto de buen grado,
 que si mi fortuna ruin
 me hizo escritor liberal
 en el bendito país
 en que liberal y paria
 lo mismo quieren decir,
 ni yo dejaré por eso
 de ser lo que siempre fui,
 ni aunque fuera absolutista
 (y más quisiera morir),
 dejára de ser por eso
 un escritor zarramplin,
 que tendria de profeta
 lo que de manso un civil,
 lo que de erudito Orovio,
 lo que de bravo Rubí,
 lo que de gracioso Belda,
 lo que de noble don Luis,
 el famosísimo héroe
 del célebre diez de Abril.
 Y á fé, querido lector,
 que ya me parece oír
 amargas quejas lanzadas,
 y con razón *pesiami*,
 contra mi carácter triste
 que mil veces y otras mil
 hace escribir á mi pluma
 lo que callar pretendí.
 Pongo pues fin al preámbulo
 y comienzo á predecir.

—
 Vénus, diosa del amor
 y reina de la belleza,
 sucede al señor Mercurio
 en el mando de la tierra:
 en pos de Mercurio Vénus,

el amor tras de la ciencia,
 que no marchan siempre unidos
 el comercio y la belleza.
 Vénus llega, ó llegará,
 —y que bien venida sea;
 vendrán con ella el amor
 y la paz sobre la tierra.
 Nada importará que Prusia
 piense en la guerra europea,
 y que apresten sus legiones
 Rusia, Francia é Inglaterra;
 guerra y amor se rechazan,
 Vénus del amor es reina,
 ved como una era de paz
 dichosamente comienza;
 era de placer, de amor,
 de felicidad completa;
 de paz sin armas ni grillos,
 de libertad sin licencia,
 de progreso sin motines,
 de reposo sin cadenas.
 Aun habrá—vaya si habrá—
 que arreglar algunas cuentas;
 á buen bocado buen grito,
 tanto vales, tanto cuestas;
 y esta paz, y este reposo,
 y esta libertad completa,
 y este respeto al derecho,
 y este no usar de la fuerza,
 cosas son que han de costar
 á todos algunas penas;
 fuerza es—*empero*—intentarlo
 y que se consiga es fuerza.

—
 Animo, pues, esperanza;
 si todo el amor lo vence,
 el año que se aproxima
 mucho bueno nos promete.
 Amor, amor, ley divina,
 que dictó el Rey de los reyes;

ley que no tiene rival
sino en la ley de la muerte,
que alcanza al pobre y al rico,
y al anciano, y al imberbe,
y al magnate, y al bracero,
y á todo el que vive y siente;
esta ley ha de regirnos
el año sesenta y nueve.
Recibámosla con palmas
ya que con amores viene;
su llegada celebremos,
que bien es que así celebre
el hombre al año que empieza
trayendo amor y placeres,

cuando el otro se despide
del modo que ven ustedes,
y que yo no indico ahora
por lo que todos comprenden,
y á bien que si lo indicara
no pudiera ser tan breve;
que si profeta no soy,
ni pienso que uno se encuentre,
—pues no es fácil ser profeta
en el siglo diez y nueve,—
tengo mucho adelantado
para cronista.

GIL PEREZ.



—Ven conmigo y serás editor responsable, mono mio.

—Mira, hija mia, eso es como si me convidaras á ir á presidio.

Épocas gordas.

El abrazo de Vergara,
luego el abrazo de O'Donnell,
y después el retraimiento
gobernando Miraflores.

Posición geográfica de Madrid.

Latitud... observarás
que es la latitud tan poca,
que de la mano á la boca
la comida perderás.

Longitud... el meridiano
sigue hacia *Este ó Aquel*,
y luego darás en él
si llevas dinero á mano.

Eclipses.

Cuando silban la comedia
se eclipsa siempre el autor,
y si el acreedor le asedia
también se eclipsa el deudor.

Cuando llega el figurín
suele eclipsarse el marido,
y si al dinero da fin
se eclipsa el más decidido.

Cuando triunfa con valor
el bando ultra-liberal,
del neo más superior
se ve el eclipse total.

Sale el sol.

Para el que tiene dinero
todos los días hay sol,
para el pobre y el cesante
ni luz, ni moscas, ni humor.

Sale la luna.

Según autores peritos
en la astronómica ciencia,
hasta que el sol no se marcha
la luna no se presenta.

El sol es la libertad,
la reacción es luna llena;
¿cuál vale más de los dos?
Ajuste Vd. bien la cuenta.

Fiestas movibles.

Para una mujer hermosa,
el estreno de un vestido;
para el neo, todo aquello
que produce un cataclismo;
y en fin, es fiesta y muy fiesta
para el que libre ha nacido,
el día aquel en que puede
exclamar: ¡el triunfo es mío!

Se saca ánima.

A mí todos los trimestres
me la saca un buen señor,
que de parte del gobierno
pide la contribución.

**El primero, tomar.**

El otro día, después de haber hecho
un trato, salieron dos gallegos á pasear,
y al llegar á la puerta de San Vicente se
detuvieron delante de un kiosko que
hay allí convertido en estanco y tienda
de licores.

—Toma algo, hombre, dijo el que ha-
bia salido ganancioso.

—Ya sabes que no bebo.

—Una tajada al ménos.

—No tengo gana.

—Pero, hombre, toma algo.

—Ya que te empeñas tomaré un sello
de cuatro cuartos.

**Cálculo.**

—Pero, D. Telesforo, ¿no sabe Vd. que
el café debe tomarse en seguidita que
se come?

—Sí, señor.

—Y por qué no lo toma Vd. en su
casa?

—Porque si lo tomara allí querrian
también tomarlo mi mujer y mis hijos.

—Nada más justo.

—¡Ah! no señor, yo soy muy econó-
mico.



FANTASÍA MADRILEÑA.

En Recoletos, al caer la tarde, veo con los ojos del alma la antigua Arcadia con sus pastores y sus églogas y cosas á este tenor, ó á esta tiple.

La niebla se extiende como si fuera un pañuelo de color de ceniza, y la humedad de los jardinillos reblandece el cútis de las madrileñas.

Aun no ha muerto el verano.

Una jóven de airoso continente (estilo de novela), penetra en el salon del paseo (estilo de revistero), y todos admirarán su resplandeciente belleza (estilo de *La Epoca*) que parece formada por la misma Venus para dar á los mortales la desazon gorda (estilo de Gil Blas.)

Todo lo dicho quiere decir que una jóven se paseaba por Recoletos.



Esta jóven llevaba detrás una larga fila de jóvenes perros.

Entre ellos habia tambien perritas.

Porque hay que advertir que Felisa (asi se llama la jóven), tiene una pasion.

La pasion por los perros, la cual hacia exclamar á muchos pollos:

—Esa jóven está por los animales. ¿Si seré yo el preferido?

Iba Felisa contemplando distraida el

cielo azul, y el manton de Manila que llevaba una señora que iba delante cuando de pronto se detuvo un momento.

Habia visto algo que la impresionaba bien cruelmente.

Habia visto...

¡Ah!

¡Ah, ah!

En fin, habia visto...

Esto...



Pulido, arrogante, echado hácia atrás, con una rosa en el ojal, y con su cuello

y su solapa y su arrogancia de señorito acondicionado, paróse delante de ella un jóven calavera, muy capaz de una tontería á cualquier hora.

Este jóven se llamaba Narciso.

Felisa no le conocía.

El tampoco, conocía á Felisa.

Pero sus ojos se hablaron.

Sin darse cuenta de lo que pasaba en sus almas, él parecía decir:

—Yo sería un buen perro para esa chica.

Y ella se decía:

—Este jóven debe servir para el caso.

Y casi casi se flecharon.

Al otro día se vieron.

Pero hubo quien rondaba á Felisa celoso de verla rodeada de tanto perro, y un día que esta se atrevió á atravesar la plazuela para llegarse á la tienda de la esquina, un jóven esbelto, de lo más esbelto que se cria ahora, le salió al paso.



—¡Señorita!

—¡Ah!

—¡Una palabra!

—Llevo prisa...

—He visto que la siguen á Vd. siempre unos ocho ó diez perros...

—Es una debilidad...

—No, es una trailla...

—Quiero decir, que es mi flaco... Qué quiere Vd., adoro á los irracionales...

—¿Y podré esperar?...

—¿Qué?

—Que me de Vd. el primer puesto en su servidumbre.

—¡Ah! lo pensaremos.

Y desapareció como un relámpago, y entró en la tienda, y gastó cuatro cuartos en agujas y se volvió ¡ay! á su casa.

El pollo se encontró á un amigo con el cual consultó sobre lo que le convenía hacer.

El consejo duró un cuarto de hora.

Gracias á los sombreros que ahora se usan, el sol no pudo llegar á sus semblantes.

—Chico, voy á hacer una que sea sonada.

—Pues haz una campanilla de San Isidro.

—¿Has visto esa mujer?...

—¿La de los perros?



—Sí.

—Parece que va de caza.

—Estoy muerto por ella.

—¿Tiene dinero?

—Algo. Pero también tengo un rival.

—Malo.
 —¡Necesito un desafío!
 —¿Con quién, desventurado?
 —Con ella.
 —Eso es otra cosa, porque con él no veo motivo. Yo voy á ser tu padrino. Espérame aquí que voy á verla.
 El amigo penetró en casa de Felisa. Saludáronse con muchísima finura.



—Señorita, Vd. ha ofendido á mi amigo Fulano de Tal.

—¿Yo? Explíquese Vd., caballero.

—Mi amigo le ama á Vd.; Vd. ama á otro; luego Vd. ha faltado á mi amigo, y yo vengo á pedir á Vd. una satisfacción.

—¿Y quiere Vd. que se la dé?

—Indispensablemente; así lo exige el honor.

—Seré franca. Ni me gusta su amigo de Vd., ni me gusta el otro; más bien, si he de hablar con franqueza, me gusta otro...

—Acabe Vd., porque la satisfacción no ha de quedarse á medias. ¿Quién es ese otro?

—Vd.

—¡Ah! Estoy satisfecho.
 Quince días despues se habia casado con Felisa, merced á la satisfaccion que ésta le habia dado.

- Epilogo.



Cuando viene el amor, cualquiera mujer encuentra un jóven que sustituya á su perro.



Pero cuando el amor se va, no queda más que el perro.

LUIS RIVERA.



En los Campos Eliseos.

Inconvenientes de la moda al entrar en un concierto.

Pero cuando el amor se ve, no queda más que el porro.
Las Ranas.



En Price.

—Señorita, ¿le gustan á Vd. los tres trapeacios?
—Diré á Vd., con este humo... no los veo bien.



—¿Qué te parece ese artista ecuestre?
—Que es muy bien formado.



Oyendo Guillermo Tell.

Estar abonado... oír gorgoritos y contemplar los hombros de la marquesa... ¡hé aquí el cielo!



En el paraíso.

Una señorita. — ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

— ¿Qué ocurre?

— ¿Qué es eso?

— ¿Quién grita?

Un guardia. — ¿Qué tiene Vd., señora?

— ¡Nada, que hay algunos hombres muy imprudentes!



Lo necesario de la mujer.



Situacion de Mr. Bismark desde 1866.

MISTERIOS DE UN DIPUTADO QUE NO HABLA.

I.

En su casa.

—Pues señor, de hoy no pasa que yo pida la palabra. Es vergonzoso esto de no hablar en un país donde los que más gritan tienen más razón. Y luego que á los electores les gusta mucho que hable su diputado... Se entusiasman y tiene uno pretexto para no contestar á sus cartas. Nada, nada, hoy hablo.

Entra su esposa.

—¿Señor marido?
 —¿Qué se le ofrece á Vd., niña de mis ojos?
 —Has de saber que estoy muy incomodada.
 —¿Conmigo?
 —Naturalmente.
 —¿Por qué, bien mío?
 —Porque no pides nunca la palabra en el Congreso.
 —¿También tú?
 —Pues es claro... Ahí tienes al marido de Mercedes, mi compañera de colegio, que habla que se las pela, y ella recibe felicitaciones en todas partes, mientras que yo...
 —¡Pobre mujercita mía!
 —Es necesario que hables.
 —De buena gana hablaría, pero...
 —¿Pero qué?
 —No es tan fácil como parece.
 —¿Tienes miedo?
 —Cerval.
 —Pues bien charlabas cuando me declaraste tu amor.
 —Sí, pero entonces no nos oían desde las tribunas, ni los taquígrafos copiaban.
 —Pues es necesario que hables... mira que es un antojo.
 —Bien, hija mía, bien; hablaré... de hoy no pasa... ¡Pues no faltaba más que siendo un antojo tuyo!... ¡Hablaré!
 —¿Sobre qué?
 —No lo sé, pero te ofrezco que hablaré.
 —Entonces iré á la tribuna con las de Perez.

—Ea, adios... ¡ah! ¿está bien el cuello de la camisa?

—Muy bien.

—Dáme otro pañuelo... eso de hablar con el pañuelo en la mano...

—¡Es muy elegante!

—Y sobre todo muy socorrido.

—Adios.

—Adios... ¡ah! que no te se olvide pedir agua.

—No tengas cuidado...

—¡Paso al orador!

—Adios, pimplito mío.

II.

En la calle.

—Hola, amigo... ¿va Vd. al Congreso?
 —Sí señor, pienso hablar...
 —¿Contra el Gobierno?
 —¡Oh! no.
 —Me alegro, porque ya sabe Vd. que mi periódico es ministerial.
 —Que me trate Vd. bien.
 —¿Cómo me miran los que pasan! ¿Si se me conocerá en la cara que voy á hablar?

III.

En el Congreso:

—Y el caso es que todos mis ánimos desmayan al entrar en este santuario. ¡Cuidado que es fuerte cosa! Todo lo que dicen los demás diputados se me ocurre despues que lo han dicho. Para mis adentros pronuncio discursos tan buenos ó mejores que los suyos. Hay momentos en los que siento necesidad de pedir la palabra; pero al ir á pronunciar la frase sacramental espira en mis lábios.

Sin embargo, no tengo más remedio que hablar; mi mujer y las de Perez están en la tribuna... sí, ya las veo... Y mi mujer me hace señas... ¡Qué bonita ocasión ahora para pedir la palabra!...
 —¡Pido la!... —Pues señor, no me atrevo... ¿Qué van á decir de mí? No hay

más remedio, tengo que hablar... La sesión va á terminar y todavía no he encontrado un pretexto... Voy á salirme fuera... con eso diré que me llamaron cuando iba á hablar... ¡Uf! gracias á Dios que se ha acabado la sesión! Hablaré mañana.

IV.

- ¿Por qué tienes esa cara, mujer?
- Me has puesto en ridículo.
- ¿Qué dices?
- Que eso no se hace conmigo ni con las de Perez.
- Pero si me ha sido imposible hablar..

—¡Imposible! y has tenido ocasiones... yo misma hubiera hablado.

—Precisamente cuando iba á hablar me mandaron llamar con mucha urgencia para una comision; pero no tengas cuidado, mañana hablaré. Esta noche iremos á ver á las de Perez y les explicaré el motivo de mi silencio, y despues te compraré una joya en casa de Marzo, Carrera de San Gerónimo.

—Solo á ese precio te perdono.

V.

—Hace ya quince dias que estoy de-seando hacer uso de la palabra y toda-



Armonías periodísticas.

- Arrogante moro estás.
- Eres turco y no te creo.
- Voy á triturar á un neo.
- Voy á reñir con GIL BLAS.

vía no me he atrevido. Algunos creen que es porque no sé. ¡Cómo si eso fuera posible! ¿Quién no sabe hablar en España?

¡Una votación! ¡Magnífico!

—¡Pido la... Nadie me hace caso... Es que no habrán salido las palabras de mis labios. Pero reflexionándolo mejor, esta votación es lo que yo necesitaba. Me voy.

—Esposa mía, mañana hablo al fin á primera hora. Vé con todas tus amigas. Ya verás, ya verás qué discurso.

—¡Gracias á Dios!

VI.

El secretario acaba de leer el acta.

—Pido la palabra.

—¿Para qué? pregunta el presidente.

—Para anunciar á la Cámara que uno mi voto al de la mayoría. He dicho.

(El orador pide un vaso de agua, lo

apura y recibe las felicitaciones de sus amigos. Poco despues sale precipitadamente del salon.)

—¿Dónde están los taquígrafos?

—Por ahí, á la derecha.

—Caballeros taquígrafos...

—Servidores de Vd...

—Ruego á Vds. que no omitan ni una sola palabra de las que constituyen mi discurso. ¡Ah! y que no se olviden de enviarme las pruebas aunque sea á las dos de la madrugada. No quiero que salga con erratas; luego eso se conserva en el *Diario de las sesiones*, y la posteridad...

VII.

Á última hora.

—¿Qué tal te ha parecido mi discurso, esposa mía? ¿Qué opinas de él?

—Que mañana nos divorciamos.

J. N.



Opiniones candentes.

—Yo aseguro que Cabrera es un ilustre caudillo, como conoce cualquiera.

—¿Con que eso dices? ¡Ah pillo!



El Prometeo de 1868,—cuadro mitológico.



—Pichona mia, el día que nos casamos marcaba 35 grados.

—¡Y ya está á cero! ¡Qué cambio en seis meses!

CASILDO Y CARALAMPIA,

NOVELA ORIGINAL

DE DON DOROTEO EXVOTO.

(Aprobada por la censura.)

PROSPECTO.

Los padres de familia, los hijos de idem, el orden social y otras cosas así han movido al editor á publicar esta novela, una de las mejores que habria escrito su autor, si hubiera escrito otra. El nombre del autor es la mejor recomendacion... y basta que lo diga el editor.

En esta obra, á pesar de los caracteres, la virtud sale triunfante, por cuyo motivo no puede ser un retrato fiel de la sociedad; pero así á lo ménos se verá que la virtud sirve siquiera para las novelas.

16 páginas, medio real en todas partes.

CAPÍTULO PRIMERO.

Caralampia era hija de padres pobres, pero muy cucos.

Casildo descendia de una familia de acaudalados comerciantes, de muy piadosos sentimientos, que habia perdido todo su caudal en operaciones de Bolsa.

Ambos se amaban con aquella pureza, con aquella excelsitud que sólo experimentan los jóvenes que no tienen sobre qué caerse muertos.

Ella habia cumplido veinte años, y desde la calceta al cochifrito era poseedora de todas las honestas habilidades que constituyen el encanto del bello sexo.

El habia llegado á la edad viril, cumplia con todos los deberes del cristiano, y lo mismo se echaba á cuestras un fardo de nueve arrobas que una pesadumbre.

CAPÍTULO II.

¡Cuando digo que se amaban!...

En una noche plácida y tranquila... le dijo ella:

—Casildo, la muerte y la vida están en manos de Dios.

—¡Oh! replicó él con acento de conviccion profundísima.

—Pues bien, mi padre, mi madre, la Anastasia y mi corazon, todos me dicen lo mismo. Casémonos.

—Sí, dijo él entusiasmado; sí, bella vírgen, sí, casémonos. No me importa la desigualdad de clases. Tus padres nada tienen, los míos fueron muy ricos; pero mi amor vencerá todos los obstáculos.

CAPÍTULO III.

Casildo, fiel á su palabra, se dirigió á sus buenos padres, pidiéndoles permiso para casarse con la virtuosa Caralampia.

Los padres de Casildo harto consideraban que la conservacion de las gerarquias es indispensable en toda sociedad bien organizada; que la confusion de clases es muy perniciosa. Si ellos hubieran sido ricos, habrian consentido gustosos que su hijo se casara hasta con una princesa; mas se veian tan pobres, que no se atrevian á arrostrar las consecuencias de un matrimonio desigual.

Casildo empero estaba enamorado, y fué tan elocuente, tan persuasivo, que sus padres no pudieron resistir á sus vivas instancias y le dieron el deseado

permiso, forjándose la ilusion que el haber dejado de vivir con holgura casi era igual á vivir pobremente.

CAPÍTULO IV.

¡Se casaron!

Se casaron, y desde el primer momento de su matrimonio empezaron las amarguras de Caralampia.

Quiso reñir con su suegra, y su suegra le volvió la espalda.

CAPÍTULO V.

Un día... El cielo estaba oscuro; el sol cubierto por espesos nubarrones. Soplabla el cierzo con violencia y su fragor parecia de siniestro augurio.

Pasó al lado de Caralampia un hombre de mirada fatídica y chaleco amarillo, como el jaramago de Rioja, y al tiempo de soludarla dijo con sonrisa indefinible:

—¡Caracoles, y qué guapa se ha puesto Vd., Caralampia!

Ella se puso colorada como una fresa de los Alpes, y concentrando su pensamiento y apelando á su recto juicio, dijo:

—¡Velay usted!

CAPÍTULO VI.

Entra Caralampia en la cámara conyugal; penetra con firme paso hasta el rincón de la derecha; separa con mano segura la guitarra que estaba arrimada á la pared; se baja para recoger el pedazo de espejo que estaba detrás, y sin levantarse, en cuclillas como estaba, se contempla con faz serena.

—Sí, dijo, sí, me he puesto guapa; aquel hombre sabe leer en el rostro de sus semejantes. Pues bien, vengan seductores, vengan galanes babosos, yo triunfaré de todos: mi virtud y el amor que tengo á Casildo me harán salir vencedora de esa lucha satánica.

CAPÍTULO VII.

Dijo, y bajó otra vez á ponerse á la puerta de la calle, cruzada de brazos. Asomaba á su rostro la provocacion

más audaz á todos los transeuntes: todo sér masculino era objeto de sus miradas, esperando que se atreviese uno á requiebrarla para hacer resonar por el universo el triunfo de su virtud y la más tremenda bofetada.

Mas ¡ay! pasaban hombres y más hombres, y ninguno le decia una palabra, y ella, que se consumia en el ardor de acrisolar su gloria, perdía el tiempo miserablemente como una cualquiera.

CAPÍTULO VIII.

Tres años duró esta angustia.

Caralampia enflaquecia. El comadron de la esquina le dijo que le convendría irse á un pueblecillo, y ella dijo:

—Está hecho. La corrupcion reina en Madrid, y sus descreidos habitantes no permiten que la virtud resplandezca. Huyamos á mi pueblo, donde reina la inocencia. Allí no faltará un zopenco que, deslumbrado por mis atractivos materiales, intente seducirme, y ¡qué bofetada! ¡qué bofetada! Ya me parece que oigo el glorioso ¡paf!

CAPÍTULO IX.

Los esposos partieron el día siguiente. A los dos meses las viruelas habian hecho tales estragos en el rostro de Caralampia, que la gente del pueblo la llamaba «cara de criba.»

Al convalecer volvió á mirarse al espejo, y se compadeció larga y lacrimosamente.

—¿Me seguirá amando Casildo? se preguntó.

Esta duda, esta zozobra, la tuvieron inquieta todo el día.

CAPÍTULO X.

—¡Me ama, cielos, me ama! exclamaba al día siguiente Caralampia al salir su Casildo de casa.

Y desde aquel día empezó á engordar desmesuradamente.

Desmesuradamente... no. Si la virtud puede aspirar á la gordura, Caralampia era digna de una cantidad de grasa hipopotámica.

CONCLUSION.

Caralampia deseó no tener hijos, y el cielo acogió benévolo sus votos.

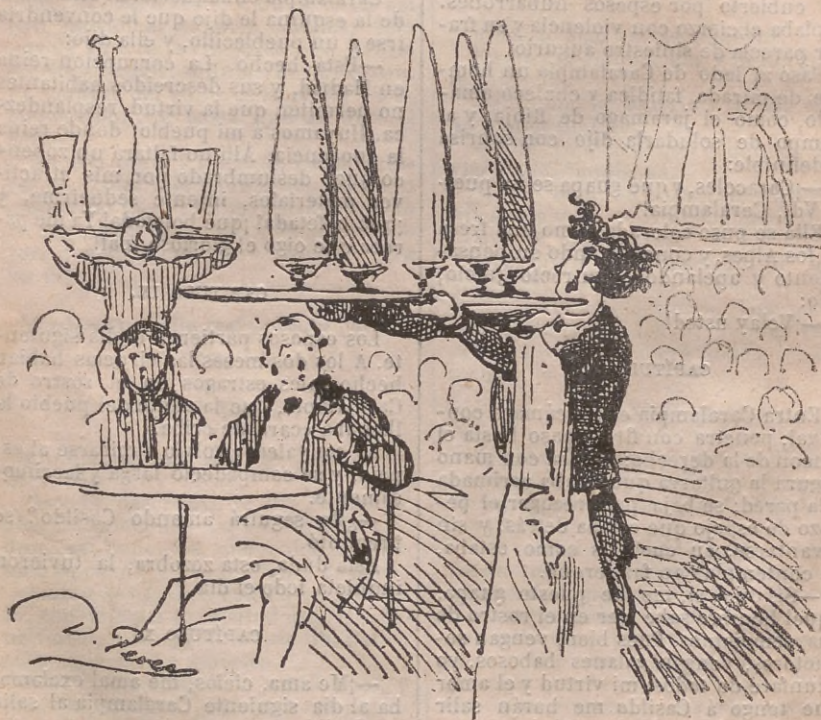
Caralampia rogó todos los días por la salud y robustez de su marido, y á cada paso tenía la satisfacción de oír: «Casildo es un bruto; tira tanto como la mejor yegua de la comarca.»

Por fin, Caralampia aspiraba á reunir un corto caudal que le permitiera acabar en paz sus últimos días, y ahora se

le acaba de morir una parienta que ha dispuesto en favor suyo de doce mil reales.

Ella y su esposo viven felices, ni envidiosos ni envidiados, y la única pena de Caralampia es un callo que la molesta á cada cambio de estacion, como si hubiera sido enviado á su dedo gordo para recordarle que no hay felicidad cumplida en la tierra.

R. ROBERT.



Desde que vino el obsequio
á dar al arte el cachete,
disminuyen los actores
y se aumentan los sorbetes.



Todavía seguimos así.

MODAS DE PEINADO.



Lo que fué.



Lo que será.



¡Feliz del que me ame!



¡Pobre del que me quiera!

LA GRAMATICA DE LAS MUJERES.

Cosa averiguada es que uno de los rudimentos de lo que aquí llamamos *educacion* (no sé por qué) es la gramática castellana.

El corazon se educa como se educa el individuo.

Las gentes suelen decir que cada cual tiene su gramática parda.

La generalidad de los hombres opina que el corazon de la mujer es una cosa curiosísima.

De todos estos hechos he deducido una observacion.

Y es la siguiente: El corazon de la mujer puede tener su gramática especial para su educacion amatoria.

Yo no sé si esa gramática existe, pero... ¿por qué no pudiera existir?

¿Por qué no he de intentar hacer esa gramática?

Lo intentaré, con la ayuda de Dios, como decian nuestros abuelos.

Se da principio á la clase:

Del nombre.

—¿Qué es el *nombre* para la mujer?

—Una cosa muy importante, de la cual depende el porvenir de una (1).

—¿Cuántas clases de nombres hay?

—Varios. El nombre de pila, el nombre que se compra, el que se vende, el que se adquiere y el que *se pesca*.

—Explíqueme Vd. eso.

—El hombre tiene su nombre de pila; por ejemplo, Luis, Cenon, Eduardo ú Homobono. Esto no le importa gran cosa á la mujer; para el objeto cualquiera sirve.

—Siga Vd.

—El nombre que se compra es aquel que nos da un marido á quien hemos podido atrapar (si tenemos algun dinero).

—Siga Vd.

—El nombre que se adquiere es aquel que le da á una el mundo, por ejemplo: «¡Qué bonito vestido hay en ese escapa-

rate! ¡Como el que llevaba anoche *Fulana!*»

Otro ejemplo: «¡Qué mujer tan bonita! ¡Ah, sí; pero es mucho más bonita *Fulana!*»

Otro ejemplo. ¿Estuvo Vd anoche en la *soirée* de la señora de Tal?

—¡Oh, sí señor, cantó *Fulana!*

Este nombre suele servir para atraer á los hombres amigos de adquirir á cualquier precio lo que está de moda.

—¿Y cuál es el nombre que se pesca?

—El que ponemos en nuestras tarjetas al día siguiente de nuestra boda.

Del adjetivo.

El adjetivo es la vida de la mujer. Sin él, no hay hembra posible.

Una mujer sin adjetivos está en el limbo

Hay cuatro clases de adjetivos.

1.^a Los deslumbradores. *Ejemplos*:—Una mujer *acaudalada*.—Una niña *preciosa*.—Una viuda *enfincada*.—Una millonaria *vieja*.

2.^a Los que sirven de anzuelo para los jóvenes incautos. *Ejemplos*:—Soltera *interesante*.—Casada *maltratada*.—Jóven *aislada*.

3.^a Los que no sirven para maldita de Dios la cosa. *Ejemplos*:—Una muchacha *instruida*.—Una jóven *modosita*.

4.^a Los terribles.

Ejemplo único:

¡La mujer *pobre!*

Del artículo.

El artículo entra por todo en la vida de la mujer.

Se dividen en varias clases.

Artículos caros.

Los de tocador, los de moda y los de viaje.

Artículos que una mujer no debe hacer nunca.

Los literarios y los políticos.

De los géneros.

Para una mujer *comm'il faut* no debe

(1) No olvidar que se supone que esta gramática está explicada por *ellas*.

haber más que un género aceptable.— El masculino.

Y un sólo género que no debe tolerar.—El género tonto.

En cambio hay una clase de géneros que siempre debe tener en la memoria cuando salga de casa.

Los géneros de última novedad.

Conjugacion.

Verbo amar.

Tiempo presente.—Yo AMO.

(Este tiempo se conjuga siempre cuando el novio no está todavía domesticado).

Tiempo futuro.—¡Yo AMARÉ!

(Este sirve para impedir que un hombre se escurra y se aguante con la esperanza...)

Tiempo pasado.—¡TÚ AMASTE!

(Este es el trueno gordo.)

Imperativo.—¡AMAMOS!

(Ya cayó el pez. Se arregló la cosa.

PARTE SEGUNDA.

Prosodia.

La prosodia es aquella parte de la gramática que trata de la colocacion de los acentos.

Los acentos son varios. Entre ellos se pueden citar los siguientes:

1.º El acento de pasion.

Ejemplo:

—«Sí, Arturo mío, sí, ¿por qué negarlo? ¡Te amo! ¿Quieres hablar á papá?

2.º El acento de disculpa.

Ejemplo:

—¡Qué! caballero, ¿duda Vd. de mí? ¿Es Vd. capaz de dudar de su mujer? ¡Ah! y todo... ¿por qué? ¡Porque he mirado tres veces con los gemelos á Cárlos! ¡Ah! ¡qué desgraciada soy!

3.º El acento de extrañeza.

Ejemplo:

—¡Ah! ¿Con que Vd. se habia fijado en mí? ¡Es favor que Vd. me dispensa, caballero!

4.º El acento de ira.

Ejemplo:

—¡Oh! ¡y decia que me queria, el muy embustero! ¿Con quién me caso yo ahora?

5.º El acento cariñoso.

Ejemplo:

—Pepe mío, ¿por qué no te vas un ratito al café? No sales, y eso te hace daño. ¿Quieres el sombrero?

6.º El acento grave.

Ejemplo:

—¡Oh! ¡una cana!

7.º El acento gravísimo:

—¡Ah! ¡La cesantía!!

PARTE TERCERA.

Sintáxis.

La sintáxis trata de la colocacion de las palabras.

Las palabras forman las oraciones. Las oraciones se componen de tres partes. El sugeto, el verbo y el atributo.

Por ejemplo: Fabio—hace—el oso. El sugeto (marido) es Fabio. El oso es el atributo de Fabio.

Oracion por activa:

Yo amo á mi marido Fabio.

Oracion por pasiva:

Celestino es *apreciado* por mí.

Ejemplos de oraciones compuestas:

Yo soy una señora particular.

Fabio, mi marido, es un pobrecillo.

ÚLTIMA PARTE.

Ortografia en la mujer.

¡No existe!

EUSEBIO BLASCO.

EL NUEVO JUDÍO ERRANTE.

Prólogo.

El Océano atlántico rodea con un cinturón de sardinas la tierra en que ha nacido nuestro héroe.

Por la otra parte se ríe de él el mar Adriático.

El año 1868 espira...

Ya espiró.

Por encima de las montañas pasa una figura fea y huesuda.

Lleva un levitón abrochado hasta las orejas, y un gorro negro metido hasta los sobacos.

Y sigue.

Y anda... anda... anda...

¿Quién es ese hombre, ese sér fantástico, ese mameluco?

Por donde pasa deja la señal de sus zapatos.

Siete clavos lleva en ellos, y los deja estampados sobre la nieve en esta poética forma:



Los arrieros que los ven, exclaman:

—Por aquí ha pasado el señorito.

¿Quién es ese señorito, que no descansa nunca, que siempre anda, anda?

¿Qué busca?

¿Por qué anda? Sobre todo, ¿por qué anda en dos pies?

¡Porque Dios es misericordioso!

CAPITULO I.

La razón humana está de sobra.

Es una calle oscura, oscura... Apenas si se ve roncar al sereno.

Un bulto dobla la esquina como quien dobla un pliego de papel (*estilo de Selgas*). Viene embozado para infundir res-

peto. Detrás de este bulto aparece otro, y otro, y hasta diez bultos. Todo un tren de mercancías.

¿Será una conjuración?

Una vez que todos han salido, el más tunante de los diez toma la palabra.

—Compañeros, la noche sombría nos infunde canguelo y temor...

—Perdona, no se trata de *Los Magyares*.

—¿Estamos todos?

—Sí.

—¿Y qué hacemos?

—Eso pregunto yo: ¿para qué hemos venido?

—Hombre, hemos venido para apagar el mechero que queda en la esquina de esa calle. Es el único que alumbra, y yo no puedo resistir esa falsa luz.

—¡Ni yo!

—¡Ni yo!

—¡Ni ninguno!

—¡Abajo la civilización moderna!

—Un momento: ¿qué haremos después de apagar ese mechero?

—Lo primero, quedarnos á oscuras.

—¡Silencio!

—¡Que nadie nos oiga!

—¿Y la escalera?

—Aquí está; tiene cinco peldaños, los suficientes para llegar arriba; son *El Pensamiento, La Regeneración, La Esperanza, La Lealtad y La Perseverancia*.

—¡Bravo!

—¿Eh?

—¡Bravísimo! Cómo me voy á gozar viendo á nuestros contrarios alumbrándose con el candil de nuestros abuelos.

—Aquel candil era la virtud misma,

—Y la lobreguez en persona.

—Y la ignorancia en todo su candor.

—Y el fanatismo en toda su pureza.

—¡Oh candil de mis abuelos! he de hacerte unas octavas reales.

—Mándelas Vd. á *La Lealtad*, que es la encargada de publicar todas las tonterías en verso de la comunidad.

En esto llegan los embozados al pie del farol.

El jefe se dirige á uno y le da el encargo de que vaya á cerciorarse si el sereno duerme.

Ni una ventana hay abierta, ni un portal hospitalario para el transeunte. La ocasion es calva...

—Señor, el sereno duerme á pierna encogida, sentado en el umbral de esa puerta.

—Pues á la obra.

Se encaraman sobre la escalera, á tiempo que el sereno abre los ojos, y dice:

—¡Calle! ¿Rateros por aquí?

Imbécil sereno, no conoce que son propagadores de la verdadera luz de aceite...

Qué ha de conocer, si no está iniciando en el secreto de los oscurantistas.

Esta ignorancia fué causa de la mayor batalla que presenciaron los siglos.

Pero no adelantemos los sucesos que han de relatarse en el capítulo siguiente.

CAPITULO ÚLTIMO.

Dios premia al bueno, pero viene el malo, le quita el premio y le administra un palo.

Estaban subidos tres en la escalera.

Los restantes la sujetaban...

El sereno empuñó el chuzo...

Apenas el más osado inflaba los carrillos para dar el soplo fatal, cuando sintió el estacazo en los riñones, y el soplo se heló en la boca.

¡Horror!

Tres cayeron al suelo.

Cuatro quedaron tullidos.

Los demás huyeron como un solo hombre.

El farol quedó encendido, y el sereno, llamado el tío Progreso, se fué á dormir tan tranquilo.

Estas cosas no pueden verse con serenidad.

Epilogo.

Pasan dias, y meses y años, y el mismo personaje continúa por los caminos asustando á los niños y á las amas de cria.

Se le da una leccion, y anda...

Se le da un camelo, y anda...

Se le da un trancazo, y anda...

¿Qué busca? ¿Qué espíritu le guia?

El vientre.

Llora el refectorio perdido, llora la perdida tranquilidad de la digestion.

La Providencia, previsora siempre, ha puesto siete clavos en la suela de su zapato.

Así sabemos por dónde va.

El moderado le dice: anda.

La union le dice: anda.

El progreso le dice: corre.

La democracia le dice: ¡vuela!

Y él sigue su paso, dejando siempre sobre la nieve del camino su poética huella:

Y todo el que se pára á contemplarla, exclama sin temor de equivocarse:

—¡Por aquí ha pasado el señorito!

LUIS RIVERA.

Escena popular.

—¡Hole, viva lo bonito!

¡Vaya un garbo!

—Quite usted.

—¿De veras?

—O toco el pito, que yo no caigo en la red.

—No se asuste osté, mi vida, que puede darle un dolor.

¿Está usted...?

—Comprometida, y usted es comprometeor.

¿Se larga usted ya de aquí?

—No lo oye osté, que no quiero.

—Si él le topa á osté...

¡Ay de mí!

Si topa... será carnero.

(Ella enfadada.)—¡Pascual!

(Él más airado.)—¡Bailon!

Desenlace.

Él durmió en el Principal, y ella fué á la Prevencion.



—Creo que para este teatro se ha dado cita la sociedad elegante.

UN VIAJE SUBMARINO

POR LAS AGUAS DE MADRID



—Hija mía, el palco del Real cuesta 52.000 rs. No puede ser.
 —Haz economías en otra cosa. Por ejemplo, deja el periódico.

UN VIAJE SUBMARINO

POR LAS AGUAS DE MADRID.

I.

—Hasta ahora sí que este hombre no me ha chafado de veras.

—¿Por qué?

—Hombre, ¿se quiere Vd. callar? ¿Qué significa eso de un viaje submarino?

—Un viaje por debajo del mar.

—Justo. ¿Pero qué mar es el de Madrid?

—Un mar sin fondo. ¿O se figura usted que Madrid está seco?

—Algo de eso me figuro.

—No señor, Madrid tiene sus olas, sus mareas, sus golfos, sus tormentas y sus aguas en fin.

—Sí, el agua del Lozoya.

—No hablo del agua material, y en fin, señor lector, si no me quiere usted creer, sírvase acompañarme.

—Con tal de reirme de Vd. ¡Valiente mar vamos a ver!

—En marcha.

II.

Dos horas despues, el lector y yo habíamos descendido como cosa de cien metros.

—¡Qué me ahogo! gritaba el lector sofocado por la atmósfera que se respiraba ya.

—Vamos á descansar un rato, le dije, y nos paramos en una buñolería.

El lector se restregó los ojos.

—¿Qué peces son estos? fué la primera pregunta que se le ocurrió.

—Veo, le respondí, que va Vd. acostumbrándose, y que sabe distinguir los peces donde Vd. creía que no había mar.

—En verdad que yo no conocía estas aguas.

—Pues mire Vd., la sociedad suele vivir en la misma ignorancia que Vd., y sin embargo, con bajar algunos metros de la superficie, se puede gozar de este acuario que no sé yo hasta qué punto será agradable.

—Lo mismo digo.

—¿Ve Vd. aquel jóven que convida á los que le rodean? Acaba de llegar á Madrid, se ha escapado de un presidio, y de día teme que algun imprudente le reconozca. De noche es otra cosa. Da rienda suelta á su natural buen humor, y entre copa y copa se solaza hasta que llegue el momento de dar un asalto al pacífico vecindario.

—¿Y aquel que duerme apoyado en la mesa?

—Aquel es un muchacho que se empeñó en ser poeta, y solo ha conseguido ser un bebedor de primera. No tiene casa donde dormir, así es que se pasa las noches en turbio hasta que llega la ocasión de penetrar en la buñolería, donde por una copita de aguardiente adquiere el derecho de roncar dos ó tres horas. Nada le importa lo que concierten los cacos; no le quitan el sueño las risotadas de los unos ni el palmo-tear de los otros. Lo único que le despertará será el primer rayo de sol que venga insolentemente á posarse sobre su cara.

—Salgamos de aquí.

—Vamos á otra parte.

III.

—¿Ve Vd. ese torrente de luz que se escapa de aquella casa con apariencias de palacio?

—Allí hay baile.

—Justamente. Pero no es al baile donde vamos, porque nuestro viaje es más hondo, vamos á aquel cuarto bajo oscuro y fétido.

—¿Quién vive aquí?

—El prestamista.

—¡Un tiburón!

—Está contando las ganancias del día.

—¿Qué húmedo está esto!

—Como que hemos bajado mucho.

—¿Y qué vá á hacer ese hombre con tanto dinero?

—Guardarlo. Hoy ha hecho muchos y buenos negocios, gracias al magnifi-

co baile cuyas luces se escapan iluminando la calle.

—¿Y cómo?

—El dueño de esa casa donde se da el baile es un caballero muy caballero, pero como le sucede á muchos caballeros, por más caballeros que sean, hay momentos en que no tienen dinero.

—Lo cual no impide que sean caballeros.

—Nada de eso, al contrario. Precisamente cuando el bolsillo está exprimiendo, hay precision de recurrir más que nunca á la caballerosidad. Pues como decia, el caballero que da ese baile se encontraba sin dinero, y ha tenido que hipotecar en casa de este pez que tenemos delante unas haciendas de Leon, pagando además el cincuenta por ciento. El caso era urgente. No queria que se enterasen de su apuro, y se vió obligado á bajar unos cuantos metros hácia el fondo del mar de Madrid. El viaje cuesta mucho. Él vive entre las clases más distinguidas, y todos ignoran el estado de su fortuna. La verdad es que muchos de los que Vd. ve en la Fuente Castellana ó en un palco del Real dándose tono, hacen tambien sus viajes submarinos.

—Dejemos al usurero que ya ha guardado su tesoro.

—A otro golfo.

IV.

—¿Quiénes son esas señoras?

—Cucas.

—¿Y por qué juegan?

—Por vicio. En la superficie de Madrid, á la luz del sol, no encontrará usted jamás esta clase de peces; pero así que viene la oscuridad, así que empieza Vd. á bajar... á bajar... aparecen seres tan extraordinarios, que no pueden vivir sin esas dobles capas de atmósfera.

V.

—¿Y ahora, á dónde vamos?

—Al fondo de aquel teatro.

—Ya se ha acabado la funcion.

—Por lo mismo.

—No hay luces.

—Baje Vd. conmigo al escenario. Si-ga ahora y penetre en ese cuarto.

—Aquí hay un jóven.

—Es el gracioso; acaba de hacer reir al público, y él rabia porque el empresario no le ha pagado aun la última quincena. Espere Vd., que ahora pasa cerca el empresario.

El gracioso.—¡D. Lino! Tenga Vd. la bondad, ¿cuándo cobro yo?

D. Lino.—Hombre, por Dios, tenga usted un poco de paciencia.

El gracioso.—Mire Vd., si mañana á las diez no me ha enviado Vd. la *moscova*, me pongo malo.

D. Lino.—No, no se ponga Vd. malo, que es una lástima.

El gracioso.—Me pondré malo para no trabajar.

D. Lino.—Es que ya está anunciada la funcion.

La dama (saliendo de su cuarto, en traje modesto como quien se va á acostar).—Lo mismo digo. No cuente Vd. con mi parte, si no me paga.

VI.

—¿Quiere Vd. seguir, lector?

—No, basta ya; no quiero perder todas las ilusiones.

—Pues si falta lo más importante. Falta bajar al fondo del patriotismo, falta registrar los rincones de la política, nos falta ver los peces del amor, que es un mundo nuevo y desconocido para los que viven en la superficie.

—Nada, nada, no quiero más viaje. Sáqueme Vd. de aquí.

Entonces guió la máquina hácia la Puerta del Sol, y dejó á mi acompañante en la esquina de la calle de Alcalá.

Hacia sol.

—¡Ah! exclamó el lector, esto es otra cosa. Las mujeres son bellas, todo convida á gozar de la vida. No seré yo quien vuelva otra vez á registrar el fondo de las cosas. Prefiero que una ola me coja descuidado y me precipite al abismo, antes que visitar esas profundidades en santa calma.

¡Ea, viva... la vida!

LUIS RIVERA.

¡UNA HEMBRA!



La que de niño nos cuida,



la que de joven nos lava,



y la que de hombre nos lleva
casi casi de reata.

PRUEBAS DE AMOR.

—Carlos, dijo el protagonista de esta historia á uno de sus mejores amigos, soy el más feliz de los mortales.

—Aunque me parece mentira, te doy mi enhorabuena.

—¡Qué excéptico eres! Pero voy á convencerte.

—Veamos. ¿De qué se trata?

—De Mariana. Tú tienes la opinion de que todas las mujeres aman á los

hombres por el dinero, y como piensas así, no quieres hacer una excepcion en favor de esa encantadora mujer que con su amor me da su alma.

—Y tanto como no.

—¡Hombre obcecado! Voy á sacarte de tu error; has de saber que la he escrito una carta diciéndola que estaba arruinado.

—¡Excelente idea!



—¿O estoy alegre ó no estoy alegre? Si estoy alegre debo beber para no perder la alegría, y si no estoy alegre debo beber para alegrarme. ¡Arriba, cuerpo mio!

—Y su respuesta ha sido...

—Una despedida, ¿no es verdad?

—No señor, no ha sido lo que Vd. supone, joven incrédulo. Hé aquí su carta, hé aquí su respuesta, inspiración angelical, que si no la pongo en un cuadro es porque los marcos andan muy caros, pero que la voy á publicar en *La Correspondencia*, anónima, para dar una lección á los excépticos.

El amigo de Cárlos tomó el papel y leyó lo siguiente:

«Bien mio:

»Tu carta me ha desgarrado el corazón. He estado llorando seis horas seguidas. ¿Has creído que mi amor es interesado? ¡Ah, qué cruel eres juzgándome una de esas mujeres que sólo ven el oro en el mundo!



«España ha de ser libre,
libre Castilla,
mientras haya en el mundo
manolera.»

Y así cantando
se toma cada turca
que tiembla el santo.

«Si no me hubieras hecho tanto daño con esta suposición, mi alegría sería inmensa, Bendeciría tu ruina porque me proporciona la ocasión de probarte que mi amor es verdadero, desinteresado, inmenso, eterno. Si sólo por haber perdido tu fortuna renuncias á mi cariño, te perdono y te espero; te espero más amante que nunca.

«Adios, bien mio; tu

MARIANA.»

—¿Qué es lo que dices?

—Esto es conmovedor.

—¿Lo dices de veras?

—Tanto es así, que vertería una lágrima, si no se me hubiera acabado el llanto.

—¿Te burlas? Está visto; para tí no hay nada sagrado. Ven, acompáñame á

casa de Marzo; voy á comprar una pulsera.

—¿Para quién?

—Para Mariana.

—¿Y piensas de ese modo demostrarle que te has arruinado?

—¡Oh! no; quiero recompensarla por su nobleza, por su generosidad, por su amor. La diré que he adquirido esa pulsera por una cantidad que he podido salvar del desastre; y para que me quiera por mí mismo añadiré que he empleado mi última moneda en el regalo.

—¿Sabes lo que pienso?

—¿Qué?

—Que te va á costar ahora más cara esa mujer que antes de hacer tu prueba.

—Vamos, no sabes lo que dices.



Sueldo: 20 duros al mes.

Gages: 8.000 reales.

Los dos amigos se separan y el amante va á casa de Mariana, la cual al verle le obsequia con una segunda edicion más animada aun que la de su carta.

—Perdóname, amada mía, que haya dudado, pero la sociedad está tan corrompida...

—Te perdono; pero ¿cómo has podido pensar?...

—¡Oh! no; ahora estoy seguro de tu amor.

—De todos modos déjame que te riña por haberme comprado esa pulsera. ¿Cuánto mejor hubiera sido que hubieras llevado ese dinero á la Caja de ahorros?

—¿Y qué iba yo á hacer con esa cantidad? Prefiero que esa joya simbolice tu desprendimiento y mi amor. Pero, entre paréntesis, ¿cómo vas á arreglarle ahora para vivir?

—Trabajaré; sé hacer flores artificiales, guantes, prendidos...

—Lo único que yo puedo hacer es pagarte la casa.

—¿No estás arruinado?

—Trabajaré más que antes y gastaré ménos.

—¡Oh, qué bueno eres!

—¿Y trabajarás en casa... ó irás á un obrador?

—Iré á un obrador.

—¿A cuál?

—Al de la calle de la Montera.—Pero ¿por qué me lo preguntas?

—Para ir á buscarte por las noches cuando salgas.

El amante se separa de Mariana y corre á casa de la florista.

—Señora, le dice, ¿ha tenido Vd. en su casa una oficiala llamada Mariana?

—Sí señor.

—Pues es que va á venir á pedir á usted trabajo. ¿Cuánto acostumbra usted á darles cada día?

—Seis reales.

—Poco es.

—Es lo más que se dá.

—Déle Vd. veinte.

—Me es imposible.

—Tranquilícese Vd., señora, yo pondré de mi bolsillo los catorce reales que faltan.

—De ese modo no tengo inconveniente.

—Vd. le indica que como se ha aumentado el precio de los viveres y el de las casas, paga Vd. más caros los jornales.

—Entonces es cosa hecha.

—Pero, por Dios, le recomiendo á usted la mayor discrecion.

—De eso no hay que hablar.

—Adios, señora; todos los sábados le traeré á Vd. los ochenta y cuatro reales del pico. ¡Silencio y misterio!

Algunos dias despues va el amante arruinado á casa de su amada.

—Un amigo de Arderius, le dice, me ha dado dos butacas para el Circo.

—¡Oh, qué felicidad! Y ¿qué hacen?

—*Los dioses del Olimpo.*

—Lo siento, porque salen poco vestidas las mujeres en esa pieza, y tú...

—No tengas cuidado, no las miraré.

—En ese caso...

—Nada, nada, iré á buscarte á las ocho al obrador, y tomando un coche estaremos diez minutos despues en el teatro.

—¿Un coche dices?

—Sí.

—¡Pero eso es una locura! ¿No ves que está muy cerca? Iremos á pié.

—Esta mujer es un ángel, se decia el jóven; consiente en ir á pié al teatro. Decididamente soy el más feliz de los mortales.

Pocos dias despues llega de pronto á casa de su amigo Carlos.

—¿Crees que una mujer puede vivir decentemente con veinte reales diarios?

—Si se viste de percal, sí.

—¿Y vistiéndose de seda?

—Eso preguntáselo á su estómago.

—Es decir que tú crees que la pobre se priva...

—¿Quién?

—Mariana.

—Si no gana más que veinte reales diarios y va con lujo, de seguro no come.

—¡Ah, soy un miserable! Para vencerme de que me ama estoy minando su salud. Pero yo la resarciré. Afortunadamente soy rico, y... Adios, adios, tengo una idea magnífica.

La idea es buscar un notario, entregarle dos mil duros y rogarle que se los lleve á la jóven diciéndole que un

pariente suyo se los ha dejado al morir.

—Apenas recibe esta cantidad se despide del obrador, alquila una casa y la amuebla con lujo.

Conserva, sin embargo, la suya para recibir á su amante.

—Amiga mia, le dice un dia éste, has de saber que he obtenido un empleo de veinte mil reales y vengo á proponerte que tomes otra casa. Con lo que yo gane tendremos lo bastante para pasar una vida feliz.

—¿Cuándo piensas venir?

—Dentro de cuatro dias.

—Adios.

—Adios, bien mio.

Una portera.—¿A dónde va Vd., caballero?

—Al cuarto segundo.

—¿A casa de la señorita Mariana?

—Sí.

—Se ha mudado.

—¿A dónde?

—No lo sé.

—¡Cosa más extraña! Y no hay duda, su amor es verdadero. Sin duda me prepara una sorpresa.

El jóven se encamina á Recoletos.

—Un carruaje elegante pasa á su lado.

En él van una dama y un galán.

—¡Cielos, es ella! exclama el jóven.

—¿Quién, la del marqués de la Encina? pregunta Cárlos saludando á su amigo.

—No, Mariana.

—¿No me decias que te amaba de veras?

—Me habia dado tantas pruebas...

—Lo que te ha probado es que eres un pobre hombre.

Mariana es hoy una mujer á la moda: pronto pasará.—X.



Es una antigua cuestion
de muchísimo interés,
y que en mi humilde opinion
acabará como ves.



—¡Cuidao que está remona con el sombrero de la marquesa! Si lu tenga dichu, dunde está la gracia... allí está toda la gracia. Voy yo á ponerme el leviton del marqués.

CORRESPONDENCIA EXTRANJERA.

En Jauja y á dos del mes,
sin un cuarto, ni aun de luna:
me alegraré que tú estés,
cual lo anhela mi interés,
de salud y de fortuna.

Ya sé por ciertas trompetas
que vais... de bueno á mejor
entre dichas tan completas,
que anegados de pesetas
adelantais... al vapor.

Que bajo el paterno cielo
de un señor ancho de manga,
estais en un nuevo cielo,
y que en tan bendito suelo
el vivir es una ganga.

Ya sé que añejos deslices
borrándose de la historia,
os dejan ser ¡tan felices!
que aun conservais las narices
como símbolo de gloria.

Que con un lazo secreto
de emociones venturosas
el lábio queda sujeto...
dando ejemplo de discreto
quien calla muy buenas cosas.

Que teneis ¡grata ventura!
en esa region divina,
quien vuestra paz asegura,
quien vuestra suerte procura
y á los perros da estrignina.



El cochero de si mismo,—tipo de la sociedad contemporánea.

En esa patria ideal,
libres de extranjero auxilio,
la musa ministerial
reparte pasto mental
aplicado á domicilio.

—
No extrañes, pues, que en monton
aunque nuestro bien peligre
á la primera ocasion
toda Jauja en comision
á la Península emigre.

—
Y aunque bien poco provista
mi bolsa está de metal,
la maleta tengo lista
para ser *capitalista*,
marchando á la *capital*.

—
Verte y abrazarte espera
á la llegada del tren
quien aquí se desespera...
—¡Adios! y hasta la primera;
divertirse y seguir bien.

—¡Madre!

—¿Qué quieres, hijo mio?

—Me han llamado los chicos del cuarto segundo para que hagamos una merienda entre todos.

—Pues anda.

—Yo tengo que subir alguna cosa.
¿Quiere Vd. que suba el pan?

—No, pichon, no, que bastante lo sube el panadero.



—Mire Vd., eso de la trasmigracion de las almas tiene algun fundamento.
¿No tiene Vd. indicio de haber sido antes otra cosa?

—Hombre, sí, tengo idea de haber sido un borrico.

—¿Cuándo?

—Cuando le presté á Vd. aquellos mil reales que me debe.



¡Al demonio se le ocurre! ¡Pues no cree este saco de arroz que él solo puede detener la máquina!

Filfas.

Doña Lucía Camámi,
prima-donna del Real,
cantaba de la *Traviatta*
aquella ária singular:
¡Gran Dio! morir si giovane!
pero la cuestion está
en que al cantarla mentía
de una manera especial,
pues ni *moria* en la escena,
porque era todo cantar,
ni era *giovane* tampoco,
pues tenía mucha edad,
ni cantaba la *Traviatta*...
porque la cantaba mal.

Por si acaso.

Un médico de partido tenía que asistir
á los enfermos de dos ó tres pueblos.

El tal médico era muy cazador y por
el camino se entretenía en hacer uso
de su escopeta.

Un forastero se lo encontró un día.

—¡Hola! le dijo, parece que va Vd.
de caza.

—No, sino que tengo que asistir co-
mo médico al pueblo vecino y me
voy entreteniendo... ¿Se le ofrece á us-
ted algo?

—Hombre, no, no tengo ninguna en-
fermedad que fusilar.



Todo cambia y se transforma.
Ayer tanto material,
y hoy se muere el más rebelde
sin grande incomodidad.

Un funcionario celoso.

En virtud de ciertas circunstancias particulares, habia órdenes muy severas en la provincia de...

A todo el que pasaba se le exigía el pasaporte.

Un empleado del ayuntamiento tiene á un viajero.

—A ver la cédula de vecindad.

—Aquí está.

—Vamos á ver. ¿Cómo se llama Vd.?

—Juan Antonio de Lizana.

—Perfectamente. ¿Edad?

—Veintisiete años; ahí lo tiene escrito.

—¿Escrito, eh? ¿Pues si yo supiera leer, le preguntaría á Vd. nada?



Máximas.

No quieras para ninguno lo que quieras para ti, si es dinero, ó cosa así.

Dale pan al perro ajeno siempre que anuncie el *Diario* que darán hallazgo bueno.

Haz bien sin mirar á quién, mas hazlo con preferencia al que te lo pague bien.

Al pobre y al desgraciado téales mucha compasion, mas no les tengas al lado.

Si te invitan á cenar, procura saber primero quién es el que vá á pagar.

Viste elegante sin miedo, que el sastre apunta en los libros, y la gente con el dedo.

Hazte el pobre en todas partes, y más entre los que viven de las letras y las artes.

M. DEL PALACIO,



—¿Qué diferencia hay entre la coqueta y la que no lo es?

—La que no es coqueta tiene corazón y la coqueta tiene una caja de fósforos.

—Hombre, entonces la coqueta tendrá más fuego...

—Justamente, para cien fumadores,



Rasgo de un avaro.

En la calle de San Sebastian vivia hace tiempo un señor prestamista.

Era un avaro del tenor siguiente.

Medio año solo vivió en la calle de San Sebastian, trasladándose en seguida á la de San Juan.

—¿Cómo es esto! le pregunté yo, pues no ha dado Vd. mal salto.

—Le diré á Vd., me contestó; en la calle de San Sebastian no se puede vivir. Como Vd. sabe, esa parroquia es de las que abarcan mayor zona, y viviendo al lado de la iglesia, todo el día está uno viendo salir el Santísimo Sacramento.

—¿Eso le aflige á Vd?

—No, no me aflige, sino que cada vez que sale, hay que quitarse el sombrero y se estropean en seguida las alas.



Si non e vero...

Apenas salió de casa del enfermo cierto doctor muy acreditado, cuando el enfermo se puso peor.

Y tan peor se puso, que se decidió sin duda á arreglar por sí mismo sus negocios en el otro mundo.

La familia procedió en seguida á ponerlo de cuerpo presente, y como el doctor no volvió hasta el otro día, se iban ya á hacer las exequias y á llevarlo á la iglesia.

El doctor notó algo, se figuró que salían luces por el balcon, y antes de subir preguntó al portero:

—Diga Vd., el vecino del segundo...

—No se incomode Vd. en subir, respondió el portero, porque él va á bajar.



EN UN COCHE DE PLAZA.

—Eh, cochero, pare Vd.
 —¡Sóo! Entre su mercé, señoritu.
 —¡Al Saladero!
 —¡Al instante, caballero; en un periquete le llevu á su mercé á la cárcel!
 —¡Animal!
 —¿Hablabá Vd. con el caballo?
 —No, contigo.
 —Tantu honor!
 —Arrea, que tengo prisa.
 (El coche sale á medio trote, y al pasar por la Red de San Luis, grita

el que va dentro: — ¡Pára, pára!)
 —Adios, Remigio, ¿dónde vas en coche?
 —A la cárcel.
 —¿Y qué traes entre manos?
 —Te diré: me ha nombrado su defensor el Sr. de Gomeles, que fué sorprendido por su mujer en casa de otra mujer, y le ha formado causa, y parece que si yo no ando listo me le llevan á presidio por adúltero.



En la delantera de grada.

—¿Te ha saludado el Tato?
 —Sí.
 —Pues ponte seria, que *mus* ve la gente, *Matirde*.

—Anda, Curro, que me paece tarde pa llegá á la Vicaría.

—No ta pures, Catana, que en jamás ha fartao una mala hora pa que á uno le echen la cuerda al piscuezo.

—No seas asina.

—Mujer, pa casase nunca es tarde.

—Déjate de groma. ¿Vamos á tomar un coche?

—Aspérate. Veré cómo estamos de parnés. Pues si somos ricos, chica. Hay aquí casi casi diez realazos...

—¡Cochero, cochero! Quite osté ese demonio de tablilla, que yo arquilo el birlocho.

El cochero (aparte).— Qué tono se dan estos pobretones por una peseta. Sóo. Vamos á ver. ¿Se suben ostés ó no?

—No gasta osté poco imperio.

—Me paece á mi que al cochero le van á tentar el bulto.

—¿Quién, osté?

—No te comprometas, Curro.

—Déjame.

—Ande osté, cochero, á la Vicaría.

—¿A la Vicaría, eh? Me alegro. Allí las pagará todas.

—¡Cochero!

—¡Señora!



En el tendido de sombra.

—¿Ha visto Vd. qué gran pica ha puesto Calderon?

—¡Como un caballero!

—¿Qué hora es?
 —Las ocho.
 —Pues vaya Vd. despacio.
 —¿A dónde?
 —A donde Vd. quiera... al Prado...
 —Está muy bien. ¡Arre!
 —¡Cochero, pare Vd.! que quiero saludar á mi primo.
 —Adios, Maruja.
 —¿Quieres entrar, Juanito? Daremos un paseo.
 —No tengo inconveniente.
El cochero.—¡Arre!

Dos horas despues.

El cochero.—Me debe Vd. treinta reales

—¿Cómo treinta reales, si sólo han pasado dos horas?

—¿Dos horas nada más? ¡A mí me han parecido ochu!

—Cochero, ¿me he dejado olvidados unos papeles en este coche cuando fuimos ayer tarde al gobierno político?



En el tendido de sol.

—¡Vaya Vd. al toro, so morral!

—Aquí no se ha dejado nada.
—Pues me hacían mucha falta. Figúrese Vd. que eran unos documentos pertenecientes á las dehesas de mi pueblo...

—Cohero, ¿ha encontrado Vd. una carta ayer cuando volví de la calle del Pez?

—¿Una carta con sobre chiquitito... y con un olor?...
—La misma.

—Sí señora, la he visto. Aquí la encontré en este rincón.

—¡Cielos, cuánto me alegro! Ella me defenderá de las acusaciones de mi marido. ¡Démela Vd.!

—Esa es otra cosa.



En la barrera.

—Ya ni tienen sangre los toros ni los toreros.

—¡Calle Vd.! ¡Si esto es una perdición!

—¿Cómo?

—Yo non sabia... y como era de papel tan finu, me sirvió para hacer cigarrillus.

—¡Horror! ¿Te la has fumado, co-
chero?

—Enterita.

—¡Pues te has fumado mi honra,
bárbaro!

—Cochero, que tengo prisa... mucha prisa... figúrate que *ella* me espera.

—Señorito, aguarde Vd. á que me eché un vaso de vino.

—Yo guiaré.

—Eso sí que no. El caballo es muy fogoso... No lo han querido para la plaza de los toros... Con que no tengo más que hablar.

—Corriente. Guía tú.

—¿Dónde vamos?

—Limon, 2.

Un vendedor.—¿Pide Vd. limon, señorito? Lo llevo helado.

—Mire Vd., cochero, nosotras queremos ir á la Fuente Castellana.

—¿A pasear?

—Hombre, diré á Vd. El conde de Jaspe nos ha convidado á comer y á dar un paseo por los jardines, y como la tarde está buena...

—Me parece bien, señoras.

—¿Podemos ir ya?

—Cuando gusten. (Estas pobres son novatas en esto de coches.)

—Está muy bien, cochero.

—Y díganme, señoras, ¿habrá que ajustar por horas?

—Como Vd. quiera. El conde es el que paga.

—Y dígame, ¿no podré yo tambien alcanzar algo de la comida? Porque así teniendo pienso, escúsome de venir á Madrid.

—Corriente. El conde paga.

(El cochero da un latigazo al caballo, y grita:)

—¡Arre, arrel! ¡Viva el saleru, y cómunos vamos á divertir! ¡El conde paga!

LUIS RIVERA.

Epigramas.

—Al hambriento Luis Antero
dijo ayer de comer Ortiz
un ala.

—¿Fué de perdiz?

—No, señor; fué... de sombrero.

Quando mi suegra enfermó,
mi amigo el doctor Abad
con su ciencia la salvó...
Desde entonces, lo que es yo
ya no creo en la amistad.

Por levantar cierto muerto
en una banca, Forcada
recibió una puñalada
que quedó tendido, yerto.
Ninguno acudió al cuitado,
por lo cual dijo Escalera:
—¡Ay, si Forcada viviera...
ya sé hubiera levantado!

A un chiquillo Juan Moltó
dijo:—¿De quién eres hijo?
El niño miróle fijo
y «de mamá,» contestó.

—Por defender un entuerto
con el valor de mi brazo,
me cruzaron...

—¿Será cierto?
—La cara de un latigazo.

—Dadivosa es mi Asuncion,
dijo en una reunion
con aplomo Pepe Trigos.
Y hubo allí muchos amigos
que fueron de su opinion.

Llevo uno, dijo al sumar
una cuenta ayer Quirós.
Y su consorte Pilar
murmuró sin vacilar:
—Te equivocas, llevas dos.

Me llama pillo Trujillo,
y su esposa Juana Godo
tambien dice que soy pillo...
¡Pero lo dice de un modo!

DANIEL ORTIZ.

Hasta aquí llegaba la impresion de este Almanaque cuando amaneció el glorioso día 29 de setiembre, en que Madrid se alzó al grito de ¡ABAJO LOS BORBONES!

La noticia de la victoria de Alcolea corrió por todas partes. España entera se asocia al júbilo que en nuestros pechos inspira el reinado de la LIBERTAD.

¡Viva la soberanía de la Nacion!

Lean ahora nuestros amigos el primer saludo de despedida que GIL BLAS consagró á la dinastía que tanto habia combatido:

¡ABUR, SEÑORA!

Acaban de asegurarme que ha pasado Vd. á los cesantes de la corona.

¿Será cierto?

Yo la hecho á Vd. de ménos, amiga mia, y bien sabe Vd. el amor que siempre la he tenido.

Me conviene abrir un paréntesis.

Este paréntesis tiene por objeto aclarar la clase de amor que yo profesaba á la señora.

Era un amor desinteresado, el único amor quizá que no ha sido correspondido.

¡Parece mentira!

¡Una señora á quien llamaba el duque de Valencia la dadivosa, la rumbo-sa y la generosa!

¡Una señora que ha tenido por paladín á Marfori en su postrera caída!

¡Tan amable con todos y tan escamada conmigo!

¿Que le habia hecho yo?

Nada.

Celebrar sus gracias, contar sus amores, elogiar aquellas carnes pecadoras, y desealarla una vida tranquila lejos del trono.

Porque eso sí, el trono de San Fernando estaba que daba gozo verlo.

La señora y el señorito formaban la más deliciosa pareja que vieron los nacidos y aun los recién nacidos.

Fórmese el lector una idea de la familia.

Un marido pacífico... hasta cierto punto.

Una madre fecunda.

Y unos retoños que costaban cada uno á la nacion dos ó tres millones, y salíamos á retoño por año.

Y todo esto para tener el placer de ver asegurado el desórden,—y la pesca milagrosa,—á lo cual llamaban la base fundamental de la nacion.

¡Valiente base!

Tambien me decian, señora, que la sociedad no podia existir sin Vd.

Yo creo que en esto se referian á *La sociedad de los trece*, porque lo que es la sociedad española no hay de qué.

Lo cierto y positivo es que Vd. se las ha guillado en compañía de Marfori y otros bultos.

¡Abur, señora!

Hay quien siente mucho que no viniera Vd. á Madrid para presenciar este gozo, este inmenso júbilo con que el pueblo ha ido derribando una por una esas coronitas y retratos de Vd. y de su complaciente esposo.

Y lo más lamentable, antigua amiga mia, es que todos esos signos han caído á paraguazos.

¡Qué dolor!

Conozco que Vd. y su marido se darán por muy satisfechos con el dinero que se llevan.

Y yo tambien me doy por satisfecho,

porque la verdad es que si no llevarán hecha la pacotilla, ¿de qué había de mantenerse tanta familia?

El señorito no sirve para ganarlo.

Los chiquillos no hacen más que gastar.

Y en cuanto á Vd., confesemos que por esos mundos no le será fácil encontrar los recursos con que contaba en el trono de San Fernando.

Permitame Vd. hoy este desahogo porque es día de soltar la lengua el que tanto tiempo la ha tenido esclava, y de decir cuatro frescas á todos los luceros del alba.

Bien mirado, aunque el grito de Cádiz dice ¡Viva España con honra! no se figure Vd. que se refiere solo á su vida particular, sino á esos ministros que se había Vd. echado á última hora.

Esos que han celebrado el dichoso regalito de la rosa de oro.

¡Y cómo la conocían á Vd., señora!

Hasta el general Pezuela en su allocucion á los catalanes decia:

«Amemos el trono de los Perez y los

Jaimes, de los Alfonsos y los Fernandos!»

¿Ve Vd. con qué delicadeza está dicho?

Porque á este párrafo no le falta más que, despues de los Alfonsos y los Fernandos, añadir y «los Carlos y los Tir-sos.»

Con que aliviarse.

¿Eh?

¡Abur, amiga!

LUIS RIVERA.



—Mañana me voy al Sitio.

—Hombre, que te vaya bien.

—¿Tienes algo que encargarme?

—Que no te quedes en él.



Por su lidia y su saber

al Curro llaman *máestro*...

¿qué nombre merezco yo,

que te lidié en otro tiempo?

A VARIOS AMIGOS POLÍTICOS

CONDENADOS Á MUERTE.

Soneto.

¿Sabeis lo que es, amigos, el garrote?
Pues es un aparato muy sencillo
con que un hombre sentado en un banquillo
siente cómo le aprietan el gañote.

Despues el alma va de bote en bote
y salva de los cielos el rastrillo,
quedando el cuerpo en tierra, ¡pobrecillo!
donde gusanos mil sacan su escote.

De esa felicidad el gran presente
hoy os ofrece la persona augusta
que no niega perdon al delincuente.

¡Oh magestad divina, santa y justa!
¿sabes lo que es garrote? Pues abstente,
que eso en cabeza propia nunca gusta.

M. DEL PALACIO.



—¡Y pensar que toda esa gloria la paga el empresario!

TESTAMENTO DE LA DINASTÍA BORBÓNICA DE ESPAÑA.

I.

«En el nombre de Dios Padre,
Hijo y Espíritu Santo.
Yo, la augusta dinastía
que en el reino castellano
fundó don Felipe quinto
por obra y gracia de Carlos
segundo y de aquel monarca
de tacones encarnados,
que unos llaman Luis catorce,
y otros Ludovico Magno,
teniendo el práctico abordo
y hallándome en la de vámonos,
es decir, á cuatro líneas
de pagar el barquinazo
final, y en todo el juicio
que con tan pródiga mano
dió el Señor á mis ilustres
reyes, he determinado
poner las cosas en orden
(ya que el *orden* fué mi flaco)
á fin de llevar tranquila
mi conciencia al otro barrio.

II.

Los espléndidos girones
del manto de armiño y oro
que mientras viví en el mundo
cubrió mis robustos hombros,
lego á la historia de España;
y encargo que este tesoro,
para que no se apolille,
se conserve bajo un globo
ó fanal, prévia aspersion
de alcanfor, álcali ó cloro.
No obstante, la dicha historia
podrá con él darse tono
y lucirle por las calles
siempre que repiquen gordo.

Al Museo de pintura
doy los cuadros lastimosos
que al mundo ha ofrecido España
mientras yo he estado en el solío.
Hay uno, el de la Miseria,
que formará sin decoro
pendant al cuadro del Hambre,
parto de un pincel famoso,

(aunque no falta quien diga
que este parto fué un aborto.)

Lego el cuerno de Amaltea,
que tantos y tan sabrosos
frutos ha estado vertiendo
mientras viví entre vosotros,
oh felices castellanos,
al gabinete arqueológico.
Y á fin de que este adminículo
no se confunda con otros
de igual madera, prevengo
que tiepe en la punta un moño.

Lego al mismo gabinete
mi cetro, corona y trono,
y una renta de seis reales
diarios, para que un mozo
con un plumero se ocupe
en sacudirles el polvo.

Lego á la grave Academia
de la Lengua, el asombroso
Rasgo, aquel *Rasgo* sublime
que celebraron en coro
sus ilustrísimos miembros
al son de entusiasta bombo.
Y es mi expresa voluntad,
para que extraños y propios
le admiren á su sabor,
que se le encargue á un fotógrafo
sacar millares de copias
y que estas á precio módico
se vendan por toda España.
Debajo tendrán un rótulo
que diga:—«Copia del *Rasgo*
que hizo entrar en el Tesoro...
particular de Isabel
la Magnánima, unos pocos
millones, pertenecientes
á los reverendos tontos
que á los bienes del Estado
llaman *Régio patrimonio*.»

Lego á San Pedro de Roma
el caldero y el hisopo
que hallarán mis albaceas,
sobre un reclinatorio.
Chismes que tan hábilmente
manejaron los católicos
jefes de mis camarillas,

para gloria de mi trono
y eterno lustre de España,
bien merecen un reposo
digno de sus altos hechos
en el templo del Apóstol.

Lego en toda propiedad
al gabinete anatómico
cuatro soberbias narices,
que fueron pasmo y asombro
del mundo, y un par de manos
de cutis fino y sedoso
que la nobleza española
besó con labios heroicos.

El dinero que produzca
el considerable acopio
de collares, cruces, placas
y otros varios chirimbolos
de régia quincallería,
existentes en los sótanos
de palacio, se empleará
en hacer un espacioso
mercado, donde en subasta
y sin tapujos ni embozos,
se vendan públicamente
la conciencia y el decoro.

El español que practique
más veces, en el más corto
plazo, el adagio vulgar
dame pan y dime tonto,
será el único heredero
de mi colección de gorros
de dormir, á condición
que ha de ponérselos todos.

Lego á la posteridad
un sin número de tomos
ricamente encuadrados
en pasta de piel de corzo.
Son de la oficial *Gaceta*
los venerables infolios,
cuyas páginas contienen
al pormenor los gloriosos
hechos de mi noble raza.
Con hojearlos un poco
aprenderá esa señora
á conocer de qué modo
puede un monarca decir
hoy blanco, mañana rojo;
barrenar sus juramentos
con imperturbable aplomo;
llamar rebelde y bandido
á Diego, Juan ó Leopoldo,

y conducir de la mano
hasta el mismo Capitolio
á Leopoldo, Juan ó Diego,
si por arte del demonio
llega el pícaro rebelde...
á montársele en los hombros.

Lego á la misma señora,
para deslumbrar sus ojos
con el brillo que despiden,
tres pergaminos famosos,
tres espejos de nobleza,
en cuyo luciente fondo
se destacan las figuras
de tres próceres heroicos
Alcudia prestó su nombre
al uno, Baena al otro,
y Loja le dió al tercero
su barniz estrepitoso.

Lego un mullido cojín
con borlas y franja de oro,
que ha sido en los besamanos
de nobles rodillas zócalo,
al publicista español
que escriba el mejor elogio
de la dignidad humana.
Pero si no hay un goloso
para este cojín ilustre,
se le cedo, mando y dono,
al primer caballerizo
del sucesor de Theodoros.

Tan luego como yo muera
pasará al Observatorio
en propiedad exclusiva
el enorme telescopio
que ha servido á mis ministros,
á esos hábiles pilotos
de la nave del Estado,
para examinar curiosos
desde la elevada torre
de *Agarremonos-á-bordo*,
las naciones que marchaban
á mil leguas de nosotros.

Al señor San Daniel,
patron de los ostrogodos
que hicieron bueno á Witiza
en el siglo de los fósforos,
le mando un par de pistolas,
un trabuco, un sable corvo,
un cesto lleno de pitos
que armaron una de pópulo

y una famosa cartera
recogida en el arroyo.

Lego á doña Cosa Pública,
en prueba de cariñoso
afecto, una papalina
de crespon con cuatro moños,
un abanico y un traje
color de Sombra de pozo,
hecho de la tela... raña
de las arcas del Tesoro.

Al czar de todas las Rusias,
con quien tiernos y amistosos
vínculos me unieron siempre,
no sé por qué, ni él tampoco,
le mando la regadera
con que Calomarde y otros
ilustres selvicultores,
cuyos nombres no menciono,
por ser la lista algo larga,
reanimaron el frondoso
árbol de la Libertad
que admiran como unos bobos
los extranjeros que vienen
á la villa del madroño.

A mi primo el de Turquía,
sin embargo de ser mozo,
le mando una ley de imprenta
(la número diez ocho
del inventario) en buen uso,
que en las orillas del Bósforo
será, si sabe aplicarla,
un instrumento precioso.
Y en vista de que el sultan,
como es público y notorio,
anda arañando el bolsillo,
para que salga de ahogos
le mando tambien el molde
de un anticipo forzoso.

Por último, lego á España
(y este va á ser el más gordo
de mis legados) un crédito
tan robusto como el oso
que se merendó á Favila;
un Erario archipletórico;
una Hacienda levantada

y boyante como un toro;
un Banco desvencijado
por el peso de los rollos
de plata y otros papeles
más ó menos *des-preciosos*;
una Caja de descuentos,
consignacion y depósitos,
hecha á prueba de ladrones,
de incendios y terremotos;
un Calvario con más cruces
que arenas tiene el Mar Rojo;
una conciencia política
más elástica que un gorro
de punto; un comercio magno,
una industria que fué asombro
de la Exposicion francesa;
una instruccion como pocos
pueblos ofrecerla pueden;
un suelo sin un abrojo,
cracias á una agricultura
sin rival, y en fin un *órgano*
imparcial de la opinion
como en Mósloles no hay otro.

Codicillo.

A mi ilustre enterrador
Ibrahim Gonzalez Brabo,
en prueba del gran cariño
con que siempre le he mirado,
quiero mandarle... un consejo
tan prudente como sano,
á saber: que escurra el bulto
hácia Francia, no sea el diablo
que nos dé una pesadumbre
con estos aires colados.

III.

Tal fué la disposicion
que hallándose en la de vámonos,
es decir, á cuatro líneas
del postrimer barquinazo,
hizo la escelsa y augusta
dinastia que el buen Carlos
segundo y aquel monarca
de tacones encarnados,
que unos llaman Luis catorce
y otros Ludovico Magno,
dieron, para su ventura,
á los nietos de Pelayo.

FEDERICO DE LA VEGA.

Paris 30 de Setiembre de 1868.





Modas del día.

—
¿Ve Vd. qué bonitas están en tierra?



¡Pues mírelas Vd. en el mar!



—Este verano necesita Vd. los aires de Biarritz.
—¡Cómo conoce á las mujeres este doctor!

CUESTION DE GORDAS Y FLACAS.

Melodia bufa recogida en el mes de agosto por la censura
de Gonzalez Brabo.

Figaro del alma mia,
te lei cual siempre atento;
y el lamento de *Lamento*
casi turbó mi alegría.
Que están en mala armonía
tu opinion y mi opinion
dices con mucha razon,
y á la palestra me llamas;
no me andaré por las ramas,
entremos en la cuestion.

La grave cuestion que abor-
das
ó que abordo, si tú quieres,
es que en punto de mujeres
solo te gustan las gordas.
Morenas, rubias ó tordas
todo para tí es igual,
el atractivo esencial
que tus potencias cautiva,
es que desde abajo arriba
tengan facha de costal.

Yo en cambio ¡benditas sean!
amo las mujeres flacas,
que cuando á la luz las sacas
parecen que se clarean.
Las que al andar se cimbrean
como los lirios en flor,
las quebradas de color
que si bailan ó visitan,
ni se sientan, ni se agitan,
ni conocen el sudor.

Amo la palma gentil
y no el robusto nogal,
amo la forma ideal
y no la forma viril.
Amo la imagen sutil
que viene en la noche oscura
á consolar mi amargura
nunca á mis lamentos sorda,
y ¿quién sueña que una gorda
pasa por la cerradura?

A mas, si es cosa probada
y no hay quien no lo confiese,
que por muy poco que pese
la mujer siempre es pesada:

¿Qué será cuando dotada
del magnífico volúmen
á que consagras tu númen
llegue á tí con paso tardo?..
Si he de optar entre ese fardo
ó emplumarme, que me emplumen.

¿Qué diferencia de aquella
de nacaradas mejillas
que se sienta en tus rodillas
siempre amable y siempre bella?
Que dormida no resuella
y no hace ruido al andar,
que gasta á todo tirar
diez varas en un vestido,
y en brazos de su marido
se puede... hasta desmayar.

¡Ay! *Lamento*, vuelve en tí:
tu loco entusiasmo aplaca,
mira que mujer y flaca
son dos cosas hasta allí.
Mira que una vez senti
de las gordas la atraccion,
y por poco mi razon
de la mente se desborda,
que es difícil de una gorda
llegar hasta el corazon.

Aun cuando la ven mis ojos,
pierdo á mi pesar la calma,
y bullen dentro del alma
penas, temores y enojos.
Por ella pisando abrojos
fui de conquista en conquista,
por ella dejé la pista
de un porvenir no muy feo,
y si morirme deseo
es por perderla de vista.

Fija pues en tu cartel
el mote que te parezca,
que yo en otro, y frente de él,
pronto quizá le oscurezca
con este que copio fiel:
—Mujer no se ha de llamar
la que gorda llegue á estar,
se suprime el embutido;

siendo cañas de pescar
ellas pescarán marido.

Conque, basta de porfía
y entre la conciliacion;
quédate con tu opinion,
yo me quedo con la mia.

Podrá suceder que un día
no discordemos en nada,
hoy en todo hallo marcada
la division que sustento,
que tú naciste *Lamento*
y yo nací *Carcajada*.

M. DEL PALACIO.

ULTIMO PENSAMIENTO.

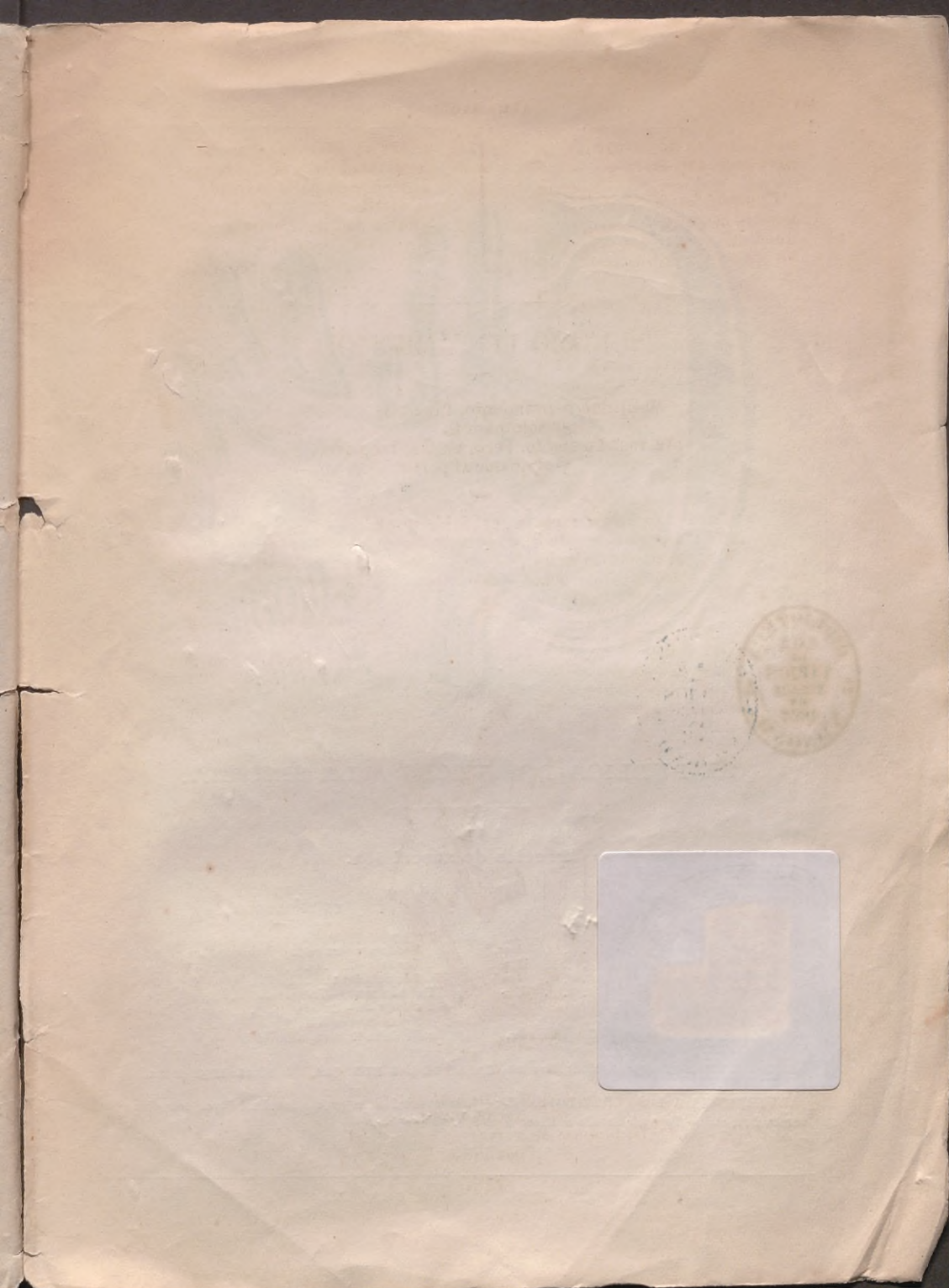
Mi último pensamiento, Dinastía,
es solo para tí.
¿Te vas? Lo siento. Pero, en fin, memorias,
y olvidame al partir.

Yo voy á darte la agradable nueva
de que el más zarramplin
siente tu marcha y se convierte en pito
como verás aquí:



Silbada estás por la nacion entera
y la guardia civil;
¿y aun piensas en volver, jamona mia?
¡Pues lo siento por tí!

FIN.



Culpa PERIODICO SATIRICO



SE PUBLICA DOS VECES A LA SEMANA.

Precios de suscripción.

EN MADRID.

Por un mes.	4 rs.
Por tres id.	11 »
Por seis id.	21 »
Por un año.	40 »

Sale los jueves y domingos.

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Administración.	45 rs.
Por seis id.	28 »
Por un año.	50 »
EXTRANJERO.—Tres meses.	30 »
ULTRAMAR.—Un año.	6 ps.

Se suscribe en la Habana.—Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 150.

Estos son los precios en la Administración, CALLE DE LAS HUERTAS, 82, PRAL. IZQUIERDA.

ADVERTENCIA A LOS CORRESPONSALES.—Toda suscripción de provincias hecha por comisionado cuesta 2 rs. más.—Pago adelantado al hacer el pedido.